



S. BLANCH BULOQUER

## Ráfagas

HEDE de les altures sobre la ciutat, en els primers dies de setembre, una brisa carregada de goig, com una preciosa escudada a la mansuïtut de les grans coloms: les Fiestas de la Cinta, veu de l'horitzó de sempre que nos trae el recordo del temps en sas múltiples manifestacions.

Bienvenidas. Ellas son como la nota alegre y luminosa de un farolillo a la venciencia en el agitado vivir de cada día.

Las Fiestas de la Cinta son «nuestras Fiestas» por antonomasia. Llegan una vez al año, como las cosechas. Son rebollos del árbol secular, que, aunque viejo, no muere, porque su vitalidad avanza de las raíces mismas de la Tradición.

El cortejo de la Digna penetra en la ciudad abierta como antiguamente entraba por los siete portales de sus murallas.

Todo en las Fiestas tortosinas es un canto a la Fe y a la Tradición. Y todo, también, en la Naturaleza alaba a su Creador en estos días septembrinos. El sol, los pájaros, la brisa que suaviza entre los árboles, el agua que discurre mansa por el cauce histórico, las campanas que se columpian en el vacío, la música, los cánticos, las procesiones, las procepciones... En la multitud, la alegría sana, que es vida para el cuerpo. En las personas de mente cultivada, el goce estético de las manifestaciones artísticas, que es la vida del espíritu.

Cuando los primeros лучes del día reciben el saludo de los pájaros matutinos, la gaita y el tamboril, con sus alegres estridencias y redobles, nos despertarán a la jocunda realidad de nuestras Fiestas. Y nosaremos que nada ha cambiado en el tiempo. ¡Oh! también despertaban a nuestros abuelos.

Las Fiestas palmónicas representan, en todas partes, una lengua en los querelles, en los negocios, en las preocupaciones cotidianas. La sociabilidad entre seres de varia condición se produce espontáneamente. Los reñeres sociales se esfuman. El nivel inspira, siquiera sea por unos días.

Ellas dispensan su alegría y su optimismo a todos por igual. Son como una gran copa de vino añejo en la que bebemos todos.

¡Oh! como la vida del agua concierba el ansia del sediento, así también en el mucorio la ilusión de las Fiestas se renueva cada año, como las hojas de los árboles en primavera.

Y mientras la juventud disfruta con vehemencia, una siente irresistibles deseos de vagar por el mundo milite en busca de la fuente de Jaucin, para beber de su agua mágica.

Vendrán los forlantes con sus barajillos, vendiendo ilusiones a los niños. Y los barajilleros con sus allos cubos llenos de sabrosas láminas y pequeños cucuruchos de pasta fregida. Y los lavivos que dan vueltas siempre igual, como las liras en la cabeza de los baridos.

Y saldrán la «cuadras», con su apariencia de «fiera corripita» de los viejos romances; los gigantes, con sus trajes de personajes mitológicos, imponentes, y los «ninos», con sus colorados desconados, dejando por las calles una estela de griles y risas.

Si refrescamos la memoria, creemos retroceder a nuestros tiempos infantiles y vivir uno de aquellos curtos que tanto nos dolían cuando niños.

¡Oh! en estos días propicios a la evocación, ponemos a refrescar nuestros pensamientos, como el bollojo en el balcón los nubes de verano.

«¡Qué Fiestas las de este año!», se dice la gente. El pueblo está en la calle — y exterioriza su entusiasmo ante la magnificencia de las iluminaciones, la originalidad de las carrozas, la calidad de las exposiciones artísticas, el brío de sus deportes, la solemnidad procesional, la brillantez de las bandas de música, el esplendor de las cabalgatas, la suntuosidad del adorno ciudadano...

Y es sincero ese entusiasmo, como todas las manifestaciones del alma popular.

Razón de peso:

— ¡Por qué hay tantas Cintas en esta tierra tortosina? ¿Como un nombre tan generalizado puede simbolizar la gracia y la hermandad?

— ¡Por qué hay tantas cintas en el firmamento y, sin embargo, son tan bellas?

Escucha y razón de las Fiestas: Nuestra Señora de la Cinta, Patrona de la ciudad, que en su Real Capilla recibe el homenaje de amor y devoción de la gran familia tortosina.

El templo se llena a rebosar. Los tortosinos se congregan en él para sentirse hermanos bajo el mismo techo, en la casa de su Madre.

Y hacia los más escépticos acuden al templo, sellándose los prejuicios humanos con el mismo deseo caplatario con que los antiguos paganos saltaban sobre el fuego sagrado en el rito de la purificación.

¡Virgen Santísima de la Cinta! ¡Cuán maravillosa que abra: los y rimas, como el agua que después de la lluvia queda en los huecos de las peñas abra a beber a los pájaros viajeros.

Sobre Ella, sobre su gloria, se derrama con gusto la inspiración de los poetas y prosistas.

Destila la procesión, y a su paso las cabezas se inclinan reverentes ante la imagen de la Virgen, como se inclinan las ramas del pruno cargadas de fruto.

Alguna vez penetraron, incisivos, en nuestras Fiestas, modismos críticos de dudoso gusto, como un corrobido de los colombres.

Pero los modismos de mal gusto avanzan y retroceden como las alas marinas. Y en la plera queda, permanentemente, la arena limpia y brillante de nuestro modo de ver, de nuestro modo, cada partícula una gema, cada brilla una gloria.

¡Dábre sino el de las manzanas y modos de peor gusto! Son, simplemente, una moda.

Y ya dijo alguna que las modas son tan incorporeables que sólo se las soporta cambiándolas continuamente.

Por la noche, el Parque hierve en animación. Resplandores de las decenas de los árboles, corrales del fruto luminoso de las bombillas, bañando en claridades a la multitud ávida de músicas, jolgorio, amenidades.

El Parque, como un sereno del Municipio, la señora Luna, vela sobre la ciudad, con sus cejas desiertas y sus gentes en movimiento.

Feliz idea la organización de la Gran Feria Extraordinaria. Con ella, Tortosa parece decidida a caminar al paso de las poblaciones más progresivas.

Felicitamos. Dijena vez nuestra ciudad nos había dado la impresión de un viejo palácio hundido en medio del verde mar de los cultivos, que no podía navegar por falta de viento.

¡Qué soplo de optimismo hinchó de nuevo las velas de la nave tortosina, que vuelve a navegar bajo los mejores auspicios?

¡Fiesta en el río? Bien. Magnífica. Felicitamos al río. Los festejos en él, letrán la ventaja de ofrecer amplio margen de visibilidad a los espectadores.

El río es nuestro amigo. Mirad cómo, en el verano seco y candente, sus aguas parecen acortar el peso para recrearse en el bullicio de nuestras Fiestas.

Es maravillosa. De noche, hasta las estrellas, coquetos, si miran en el espejo del viejo Bero y éste se esponja de puro en alas suaves con ríos de espuma.

El río es nuestro amigo. Él nos deja a su paso el sedimento de su historia, de su poesía. Por la enorme herida de su cauce se desangran los altos valles y las montañas de Cantabria, de la Rioja, de Oropisa, de Cataluña, para hacer fecundos nuestros campos.

El roba tierra de otros ríos: para depositarla en la nuestra y hacerle día a día más grande, en el incesante crecer del Delta.

El amamanta nuestros arrozales para que en los hogares riberenos no falte el pan y la salud y la alegría que dan las buenas cosechas.

Y hace cantar el agua en nuestra hermosa vega. Y nos ofrece esas maravillosas puestas de sol en que el crepusculo es un conjunto de luces que aparecen por la superficie del agua innumerables reverberaciones.

Y deja, gustoso, que sobre sus blandas espaldas se solacen los deportistas.

Su curso es el docto que señala a nuestra ciudad la ruta de su destino, de su futuro prometido, por los caminos sin huellas del mar latino, cara al vasto mundo.

Por esto digo que el río es nuestro amigo.

Noche final de las Fiestas. En las riberas del río, sobre el puente y en las azoteas se agita la gente, ávida de admirar el mundo igneo de palmeras, fuentes, jardines y figuras múltiples que traza en el espacio oscuro, infinito, los fuegos artificiales.

El último estampido nos despierta del sueño maravilloso de las Fiestas y nos vuelve al mundo real. Y a la paz de los días iguales, con la vuelta a la vida en prosa de los números, el papel de oficio, las máquinas y los sacos.